

El menú de Campbell

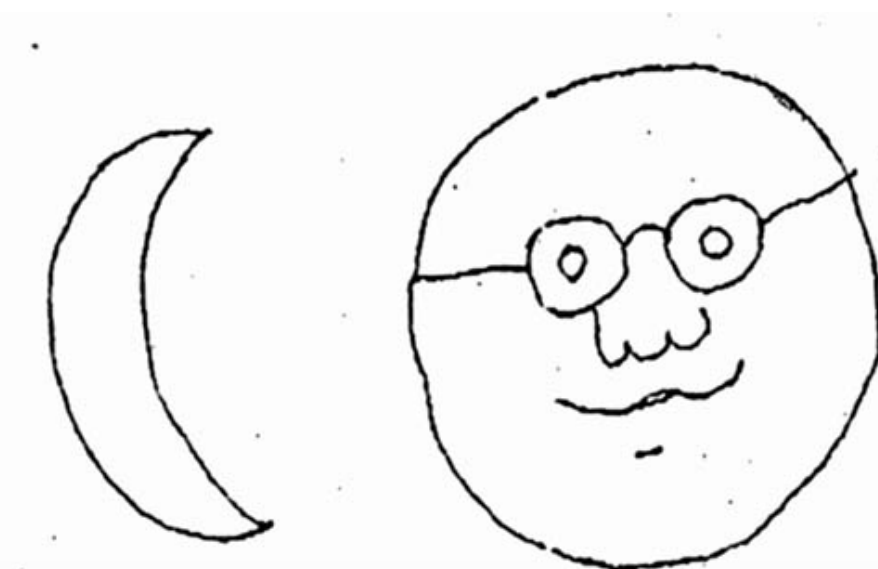
Hugo Hiriart

El texto que viene a continuación vio la luz hace ya 19 años en *La Jornada Semanal* que hacían Juanito Villoro y Ricardo Cayuela. El mundo era diferente en aquellos días: No pululaban los celulares, dominándolo todo con cámaras y Twitter, por ejemplo, ni el sangriento horror de la guerra inepta incendiaba este sufrido país. Y, en lo que viene al caso, podíamos con alegría ver venir a Federico Campbell de pronto en la calle, darle un abrazo y oírlo hablar, siempre informado (periodista al fin), cordial y sutil. No, ya no está, el dragón fatal se lo llevó a los cielos. Le diré como los clásicos: Espérame, hermano, allá voy yo también, y vamos a encontrarnos y vamos a continuar la conversación que acá abajo nunca interrumpimos.

Creo que en esta desolación revivir el viejo artículo sobre un libro de Federico puede enriquecer el bálsamo del recuerdo que ahora precisamos. El escrito pues da comienzo así:

¿Por qué adoptó Campbell la forma de diario literario para su libro *Post scriptum triste*? La respuesta más obvia es porque esa forma le da toda la libertad del mundo. Pero esta respuesta es muy parcial. ¿Para qué quiere Campbell toda esa libertad? Se dirá que para hacer lo que le da la gana. Pero en arte nunca podemos hacer lo que nos da la gana. Si así fuera, pintar, escribir o hacer canciones sería lo más fácil del mundo, y estas actividades no son nada fáciles, todas tienen su chiste.

Entonces, ¿para qué eligió esta forma? Una respuesta mejor puede ser esta: Campbell la eligió porque le permite fragmentar. Lo fragmentario es una categoría artística. Una mano esculpida por Rodin es fragmentaria, el pedazo nos remite imaginariamente al todo, que en este caso es la escultura completa, el cuerpo al que pertenece esa ma-



Campbell por Hiriart

no. Se establece así un juego imaginativo. En el caso de la mano separada, el tránsito al cuerpo entero es muy obvio, pero el juego puede complicarse mucho cuando los fragmentos remiten a temas literarios. Digamos también que el arte de lo fragmentario es moderno: dudo que un escultor del Renacimiento hubiera podido entender una mano separada como una escultura completa y acabada.

El menú que ofrece el cocinero mental Federico Campbell en sus platillos fragmentarios es muy variado. Va de la confesión personal o un cálido perfil de Juan Rulfo a los laberintos de la identidad personal, pasando por las citas aisladas (que en este caso no son adorno, sino parte estructural del libro), aforismos, crítica minuciosa de varias novelas, sin dejar de lado reflexiones sobre el poder, tema monomaniático, como se sabe, de nuestro autor.

El fascinante, pirandelliano y muy filosófico tema de la identidad personal es, en mi opinión, el que más brillante desarrollo tiene en el libro. Las citas están muy bien elegidas. Como aquella de la esposa de Johnny Weissmuller cuando dice: “no estaba loco, simplemente él era Tarzán”. Cómo se agradece siempre una buena cita; en ella, y en los aforismos mil veces deliciosos, puede verse el poder de lo fragmentario. Quiero añadir algo al tema de Weissmuller y la identidad personal. Es una imagen que tiene algo de pavoroso:

Weissmuller murió en un manicomio de Acapulco, y ahí, poco antes, en las noches, se oían alaridos que eran, a partes iguales, grito desafiante de Tarzán desde una liana y aullido desgarrador de loco furioso.

La historia del hombre que podía ser Pedro Infante, oportunamente asociada a la comedia de Pirandello *Como tú me quieres*, es una joya y merece un desarrollo mayor. Uno de sus méritos es que está en el filo del cuchillo y no podemos saber si es cierta, o es invención de las mentes febriles de Carmen y Federico. Y así debe estructurarse, como una historia en la que, como en la realidad, sabemos muy poco de su verdad o falsedad.

Me parece que este relato es la cima del libro y me atrevo a señalarle a Federico que ésa, la mezcla de realidad y ficción, de periodismo y literatura, las dos actividades a las que se ha consagrado, es su vía franca. Quiero decir, si consigue mantener la realidad de esas páginas (y las dedicadas a Fernando Jordán y al Che Abente) a lo largo de más de 150 cuartillas, de seguro va a escribir una obra maestra.

Quiero terminar mencionando la que es, para mí, la mayor virtud del libro. Me refiero a que se trata de una conversación literaria, y todos aquellos a los que nos sigue deleitando el viejo arte de hablar de literatura, lo disfrutamos como un banquete. Sí, es como platicar con Federico. Con eso lo digo todo. **u**